

BT600

.G8

M42



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



*Subleuetur desertum, et civitates ejus.....
laudate habitatores Petrae, de vértice montium
clamabunt.*

ISALAE CAP. XLII, V. 11.

SEÑORES:



El Profeta Isaías convida á los habitantes de los desiertos de Arabia á que se levanten alegres y reconozcan al verdadero Dios, para que le adoren y le tributen el culto que le es debido; invita tambien á los habitantes de Petra, metrópoli de la Arabia de este nombre, para que dejen sus supersticiones gentílicas y alaben al Señor. Predice á la vez que los moradores de estas regiones darán alabanza al Dios verdadero luego que vean los prodigios hechos por El en favor de su pueblo. Y entónces clamarán llenos de una santa admiración: ¡El Señor es con nosotros! y nos ha dado en prueba de su paternal amor un prodigio estupendo.

El mismo Santo Profeta, en otros lugares de esta oscura profecía, compadece á los poderosos imperios del Oriente, á quienes, abusando de sus grandes riquezas y de su inmenso poder en los mares para pasar á oprimir á algunas naciones extranjeras, les predice que se expondrán á muchos desastres y peligros, en que serán sacrificados vencedores y vencidos, ejecutando todos á la vez los designios de una Providencia paternal y bondadosa, sin que lo sepa ni el poderoso ni el débil, cumpliendo el mandato de Dios de ir como ángeles veloces á una nación dividida y dilacerada, á un pueblo terrible, mas allá del cual no hay otro, y á regiones separadas por las aguas. Parece que el sublime gé-

~~005255~~

nio del Profeta al pintar ese pueblo terrible, estaba viendo divinamente á nuestra cara patria México, y que el Padre San Gerónimo, parafraseando estos conceptos, los aplica exactamente al antiguo pueblo mexicano, cuando dice: "¡Oh vosotras todas las naciones que estais á la redonda! cuando percibiéreis mi mandato como se vé una bandera en los montes, y oyéreis mi ordenanza como el sonido de una trompeta, que sale de un encumbrado lugar, entónces veréis lo que tengo mandado." ¡Ah! ¿y qué es lo que tiene mandado el Señor? La ruina, la humillación y casi el exterminio de esos pueblos orgullosos, que ciegos por su poder y sus pasiones sensuales, no quisieron reconocer al verdadero Dios.

Y entre tanto, continúa el mismo Padre, poniendo en boca de Dios estas terribles palabras: "Mientras llegan las cosas que tengo ordenadas, me estaré quieto y sosegado en mi trono que es el cielo..." Parece tambien que esa quietud y reposo de parte de Dios, de que habla el Profeta, segun el sentido de la paráfrasis de San Gerónimo, se pueden aplicar al mucho tiempo que por permisión divina de la Providencia, las naciones de la América, los pueblos todos del Anáhuac, estuvieron sentados á la sombra de la muerte, envueltos en las mas densas tinieblas del error y desconocidos para las demás naciones del globo, hasta que por fin, Dios quiere salir de su santo reposo y hacer que se dibuje en el horizonte de este desconocido continente la aurora hermosa del gran dia de ventura para la América septentrional. Planta el estandarte en cumplimiento de su palabra en la escarpada cima del Tepeyacatl, la bandera santa de salvacion, y suena la trompeta misteriosa de la redencion, llamando á estos pueblos al derredor de aquella, para que se levanten de sus desiertos y vengan á conocer á su tierna y amorosa Madre, á alabar y bendecir al verdadero Dios de quien no habian tenido idea, y á aclamar desde la cumbre de sus montes, llenos de un santo júbilo, porque á la luz del Evangelio se les abren las puertas eternas de la celestial Jerusalem y llevarán al lugar santificado sus dones y sacrificios agradables al Señor, como lo habia predicho el Profeta. *Sublevetur desertum et civitates ejus.... laudate habitatores Petrae, de vértice montium clamabunt.*

Ya comprendereis, señores, que se trata del acontecimiento mas grande, sublime y benéfico que se ha verificado en nuestra hermosa patria; esto es, que voy á hablaros de la milagrosa aparicion de Santa María de Guadalupe en el Tepeyacatl, de los beneficios inmensos y constantes que en ella nos trajo, prometiéndonos su divina y maternal proteccion; por cuyo singular favor exige de nosotros una tierna y filial gratitud. Este será el asunto con que ocuparé vuestra atencion en estos momentos solemnes; pero para satisfacer á los ardientes deseos que me animan en asunto tan sagrado, y á vuestra piedad, necesito me ayudeis á pedir los auxilios de la gracia por la poderosa intercesion de esa misma tierna y hermosa Niña, á quien saludamos reverentes con las palabras del Angel. AVE MARIA.

*Levántese el desierto y sus ciudades....
alabad vosotros moradores de Petra, levantarán la voz desde la cima de los montes.*

(Lugar ya citado.)

XALÉGRATE antigua México! Quita de tus ojos la venda impura con que te cegara Satán por tantos siglos, deja tus danzas impúdicas, abandona tus supersticiones y tus horrendos sacrificios. ¿Qué no oyes en tus playas el sonoro y majestuoso trueno de una arma mortífera de que no habías tenido noticia? ¿Qué no ves que un puñado de atrevidos aventureros holla tu suelo vírgen con planta temeraria? Acontecimientos terribles es verdad; pero que al lado de ellos vienen las manifestaciones amorosas de una Paternal Providencia. ¡Ah! pero te compadezco, estás ciega, dividida y dilacerada; y como no conoces al verdadero Dios que habita en las alturas y que desde allí rige los destinos de las naciones, por eso también no comprendes los designios de su bondad infinita, y ni imaginarte puedes que tú eres aquel pueblo terrible de que habló Isaías, que vendrá á traer don agradable al Dios de los ejércitos sobre la montaña de Sión. Efectivamente, señores, este pueblo, junto con el brillo de las armas extranjeras, vé la refulgente luz del Evangelio, saluda por primera vez las ideas sublimes de una santa y nueva doctrina, que le trae una nueva y verdadera civilización.

Comienza este pueblo dichoso á convertirse al verdadero Dios, abandonando sus antiguas divinidades y abrazando el Cristianismo que le predicán sus primeros apóstoles llenos de celo y de ardiente caridad; sin embargo, los progresos del Catolicismo en los primeros años habían sido lentos; pero apenas corre el mes de Diciembre del año de 1531 cuando el Dios bondadoso quiso dejar su quietud y hacer

ver las cosas que tenía ordenadas para el pueblo mexicano; y entónces la Santísima Virgen, Madre de misericordia, baja de lo alto de los cielos en las álas de los vientos, apoyada en los querubines y en los vapores de una nube transparente y muy hermosa, rodeada de un íris bellissimo y encantador, acompañada de millares de espíritus celestiales que le hacen la corte como á su Reina y llenan los aires con sonoros y dulces cánticos. Busca una alma sencilla á quien comunicar los designios de su maternal amor hácia los mexicanos. Le habla á un natural del país, en quien estuvieran representados todos los de la raza azteca, para que jamás se pusieran en duda ni su amor ni su protección hácia los hijos de México. Esta historia es muy conocida para vosotros, señores, porque es la historia patria, y por lo mismo yo no debería tocarla; pero permitidme que lo haga ahora, aunque sea de una manera breve, por exigirlo así las actuales circunstancias, y porque siempre es grato traer á la memoria los dulces recuerdos de un día de tanta gloria para México.

Como sabeis muy bien, pasaba el feliz Juan Diego, al despuntar la aurora de un día de ventura, por las faldas del Tepeyacatl, cuando levanta su vista hácia la cima del collado y vé una nube refulgente que llama fuertemente su atención, cuanto mas se acerca á ella mas crece su admiración, y entra su espíritu en una especie de arrobamiento. ¡Se para, levanta los ojos á los cielos, mira y oye cosas tan maravillosas que él mismo no se las podía explicar, los baja hácia la tierra que pisa y mira que está cubierta de los esplendores misteriosos de aquella luz divina, y aun los rústicos peñascos y pequeños arbustos del montecillo le parecen jaspes y piedras preciosas! ¡Por fin, oyó una voz dulce y delicada que le llamaba por su nombre, se acerca para obedecer á esa voz celestial y vé.....! Pero ¿qué es lo que vé, señores? Es acaso la zarza misteriosa que vió en la cumbre del Horeb el humilde pastor del desierto de Madiam? ¿Qué voz es la que oye? ¿Es acaso la de respeto y majestad, que oyó en medio de aquel fuego sagrado el mansísimo Moisés, cuando le decia que no se acercara allí antes de quitarse el calzado porque la tierra que pisaba era santa? ¡Ah! no, señores, lo que el feliz Juan vé, es una tierna y hermosa Niña, una Virgen escogida como el Sol y

mas hermosa que la Luna, de color aperlado y hermosamente terso como el de las vírgenes y princesas mexicanas, pero de una hermosura divina, porque es la Madre del mas hermoso de los hijos de los hombres, de aquel "cuyo nacimiento es mas puro que el rocío de la mañana y cuya fragancia es mas suave y delicada que la del mas precioso nardo." La voz que oyó fué la del arrullo de la Tórtola divina que vino á purificar y bendecir esta tierra predilecta con el contacto de su purísima planta. *Vox turturis audita est in terra nostra.*

Gozábase el piadoso neófito en aquella vision encantadora; y oyendo sumiso la manifestacion de la soberana voluntad de la Purísima Virgen María, lleno de celestiales emociones, corre á cumplir el mandato de su dueña y amorosa Madre que lo acaba de tratar como á hijo muy querido. No le da crédito el prudente Prelado: vuelve Juan Diego á la presencia de la Reina de los cielos y le suplica que le escuse de aquella embajada por ser él una persona vil y despreciable: la piadosa Madre le manda ir de nuevo al Prelado para que cumpla su voluntad; y habiéndosele entonces pedido una señal de la verdad de su misión, acude á pedir el signo que se le exige para poner mano á la obra que la Reina de los ángeles quiere que se le edifique en aquel lugar para proteger desde allí á todos los mexicanos, levantándose sobre el collado para ser vista de todos los pueblos de esta América dichosa, como la bandera de que habló el Profeta, y como la elogia el Espíritu Santo en otro lugar: "*Exaltata est super omnes colles.*" Oye Santa María de Guadalupe las sentidas quejas del sencillo Juan de que no se quiere dar crédito á su palabra, que se desea una seña en prueba de lo que ha dicho. Y entonces, señores, ¡oh prodigio estupendo, un milagro para confirmar otro milagro! ¡oh humildad inmensa de la Virgen inmaculada! que como Madre del amor hermoso y de la santa esperanza no se fastidia á tan prudente resistencia, sino que llena de ternura maternal manda á su mensajero que de la cumbre del montecillo corte unas flores frescas y las lleve en su tilma con toda precaución á la presencia del Prelado. Hace Juan Diego como se le manda, aunque sabia que en aquellos riscos áridos nunca se daban flores y ménos en el rigor del invierno; pero la fé todo lo puede, traslada las

montañas; por eso el obediente Juan no vacila un instante. Sube al monte sagrado y encuentra las flores llenas de fragancia y hermosura, humedecidas todavía con el rocío celestial: *Flores apparuerunt in terra nostra.*

Corre gustoso, seguro de que ya se le dará crédito; se postra á los piés del venerable Sr. Zumárraga, y con los ojos inundados en lágrimas desenvuelve su tosco ayate y respetuosamente dice al santo Prelado: "Aquí está la señal que me habeis pedido" y arroja las flores misteriosas en el suelo. ¿Y qué sucede entónces, señores? Que se sorprende aquel Ilustre Prelado á la vista de las flores, y sube de punto su santa sorpresa cuando vé pintada en el ayate la hermosa y venerable Imágen de Santa María de Guadalupe, tal como se la habia delineado en su sencilla narración el humilde y piadoso Juan. Entónces se aviva la fé de aquel Santo Prelado, quien luego se postra en el polvo humedeciendo éste con lágrimas de admiración y adora reverente á la sacrosanta y celestial Imágen; y parece que lo oigo exclamar lleno de una santa compunción: ¡Bendito sea Dios que por su infinita misericordia hácia los pecadores, se ha dignado consumir un prodigio tan maravilloso en favor de su pueblo!

En el instante mismo se extiende la fausta noticia por toda la ciudad, por todos los pueblos y desiertos de esta feliz América. Los naturales del país consignan este hecho en sus historias, la tradicion se forma depurada de todo error, y en el trascurso de los siglos se confirma más el prodigio con el exámen escrupuloso que se hace tanto del hecho y sus circunstancias, como de la pintura divina y de la duración milagrosa de la sacrosanta Imágen, no obstante los principios contrarios á esta indemnidad. Dígalo sinó, el irrefragable testimonio de tantos y tan excelentes pintores, notabilidades de su siglo, que al ver la pintura angelical postrados en tierra llenos de fé y de veneración han exclamado diciendo: Verdaderamente aquí está el dedo de Dios; esto no es ni puede ser obra de los hombres. Dígalo sinó el testimonio de uno de los Pontífices mas sábios y de mas delicada crítica, el Señor Benedicto XIV, que al ver una copia de la sagrada Imágen de Santa María de Guadalupe, Madre del pueblo mexicano, llena de fé su alma y de